

Popocatépetl

**Reseña escrita por Juan Manuel Álvarez Reyes y publicada en el Boletín Cóndor N° 26,
correspondiente a octubre-diciembre de 1949**

Voy a hacer un relato de la excursión que efectuamos al Popocatépetl el pasado mes de octubre y muy sinceramente lo dedico al gran Chato Gutiérrez, que tan gente se portó con nosotros durante nuestra estancia en la Ciudad de México y especialmente en el trayecto de la excursión.

A Tlamacas llegamos siendo las 18:30 y a esa hora ya estaban instaladas las carpas del Socorro Alpino y Cruces. Después de pasar la noche en los albergues, a las 3:10 del día 9 emprendimos la ascensión llevando como guía a nuestro buen amigo Antonio (Charro) Solórzano Gaona.

La luna esplendorosa nos permitía ver perfectamente sin necesidad de lámparas y a la hora de camino llegamos a la ruta marcada por la Federación y que era la que debíamos tomar. Hicimos un leve descanso pues para esa hora ya sentían los efectos del “mal de montaña” algunos de nuestro grupo y el que más malo iba era Toño Treviño del Club hermano “Tepeyac”.

Continuamos ascendiendo y constantemente nos cruzaban hileras interminables de excursionistas... el amino va tomando altura por la falda del Popo y más allá en una pequeña cueva rodeada de rocas, hacemos otro largo descanso. Se forman entonces dos patrullas quedando atrás los que por sus condiciones debían ir más lento.

Ya cuando pisábamos la inmaculada nieve, oímos las voces del Chato y Chuy que para esa hora nos daban alcance, informándonos el regreso de un compañero. Al juntarse el grupo la marcha era más lenta y nuestro guía se empezaba a sentir mal, cosa que dio motivo para que tres de nuestros compañeros fueran más adelante, llegando hasta la parte superior de una roca que sobresalía de la nieve.

Para cuando eso sucedía ya todos portábamos nuestros spaiks y con excepción de dos compañeros, los demás estaban completos en su equipo. Por esta ruta “Cañada del Muerto” la pendiente no es tan empinada como en el “Ventorrillo”, pero aún así es bastante peligrosa mayormente este año en que la nieve estaba en muy malas condiciones.

Mientras esperábamos a que algunos se nos reunieran y cuando más distraídos estábamos contemplando a los que subían y a los que con trabajos regresaban, oímos un grito desgarrador... después otro, y al final una gritería ensordecedora. Desconcertados volteábamos hacia todos lados sin alcanzar a comprender lo que efectivamente sucedía.

Una de las voces aisladas la oímos perfectamente: ¡Miren! ¡Se cayó uno! Todo fue levantar la vista hacia nuestra izquierda y encontramos con el achinante espectáculo. Un alpinista había caído y con los pies hacia abajo venía, tomando fuerza a medida que avanzaba. Después, virando en un segundo por un milagro no se estrelló contra una roca que le tapaba el paso. Pudimos ver cómo

grupos que venían debajo de él se hacían a un lado esquivando el paso para dejar una valla por donde se arrastraba la muerte con una velocidad vertiginosa.

Por rarezas del destino ese alpinista no debía morir ese día y... ¿cómo? No nos lo explicamos, pero ¡se detuvo! Con las manos, con los pies, ¡no lo sabemos!, pero se detuvo cuando estaba a un paso de caer a un barranco, en que le esperaba irremisiblemente ¡la muerte!

Hacia nuestra izquierda quedó deteniéndose por momentos, mientras algunos compañeros trataban de llegar hasta él para sacarlo a lugar seguro, cosa que lograron después de no pocas batallas y al fin lo trajeron hacia donde estábamos nosotros, contemplando mudos la escena. Se le dieron los auxilios del caso y se corrió la voz de alarma para el Socorro Alpino que poco después vino a atender al lesionado.

Muchos de los que habían presenciado aquello optaron por regresarse y a decir verdad, la cosa no estuvo para menos.

Al continuar ascendiendo anotamos el regreso de Lolita, la esposa de nuestro guía y Daniel González que no alcanzó a llegar a las primeras nieves pues lo atacó el “mal de montaña”.

En total quedamos 8 del Cóndor y nuestro querido Chato Gutiérrez que venía en la retaguardia, pues hasta el Guía hubo de detenerse por efectos del mal conocido.

Con muestras de verdadera alegría nos encontramos con el Club “Peteretes” y de allí en adelante subimos tras ellos ayudados mucho por su entusiasmo que era contagioso. La “Cañada” cada vez se presentaba más empinada y con expectación veíamos que había lugares que al pisar la nieve se resbalaba sin presentar ninguna consistencia, pues ya debajo se formaban témpanos de hielo y el agua corría entre las grietas que se formaban al abrirse la nieve cristalizada.

De tiempo en tiempo se venían ráfagas de nieve pulverizada, que azotaba contra nuestro cuerpo haciendo que nos balanceáramos y a veces que hasta perdiéramos pisada. El agotamiento empezábamos a sentirlo, ya con trabajos avanzábamos 6, 8 o 10 pasos y eso haciendo acopio de todas nuestras fuerzas, cosa que no obstaba para que después de cada descanso nos animáramos y prosiguiéramos con más bríos todavía.

La condición física de nuestros dos juveniles se puso a prueba y ¡de ella salieron triunfantes!

A las 11 de la mañana, con desesperados esfuerzos llegamos al borde del cráter.

Al pisar la cima nuestro corazón latía apresuradamente y no atinábamos a decir palabra, los abrazos se sucedieron uno tras otro y en nuestra garganta se nos hacía un nudo de emoción... ¡Queríamos haber llorado de alegría!

Es aquello tan inmenso, tan grandioso... Algo indescriptible.

Aunque la ceremonia de la confraternidad universal ya había principiado, alcanzamos a oír las palabras del Lic. Luis Toledo Villarreal que tenía el uso de la palabra en esos momentos, que al

final terminó con un ¡VIVA MÉXICO! repetido en esta ocasión por más de 3,000 voces que vibraron con una emoción que se ahogaba en nuestro pecho.

En seguida se entonó el Himno Nacional y aquí ya no pudimos contenernos... más de una lágrima rodó por nuestras mejillas mientras decíamos las sentidas frases de nuestro Himno Patrio.

Entre un verdadero mar de gente hicimos los intercambios de banderines con los Clubes: Denali, Dantes, Tepepan, Camaleones, Tenopala, Pegasos, maracas, México-Apeninos, Andesia, Buitres y Alicamex.

Estrechamos la mano de la gentil Reina del Excursionismo Nacional S. M. Melania Ruiz, del Jefe de la Expedición "México- Aconcagua" Roberto Mangas Alfaro, del popularísimo "Tolongo" Velázquez y de otras personalidades del excursionismo nacional.

Muchos sueños realizamos en esta excursión. Amado Rodríguez, que el año pasado había fracasado, en esta ocasión se sacó la espina y pudo llegar hasta el cráter. Dos juveniles: Francisco Tijerina y José Luis Marmolejo hicieron lo propio. Otro compañero Salvador Castañeda cumplió el compromiso con nuestro amigo chileno Oscar Negrete León, llevando hasta la cima la gloriosa bandera de la hermana República de Chile.

Los demás Serafín Vázquez Jr., Ernesto García que llevó nuestro Banderín, Jesús Montenegro que portó el banderín del Club Tepeyac y el que esto escribe, hemos comprobado las palabras que dijo en cierta ocasión el Dr. Juan Antonio López: "Si van al Popocatepetl una vez, por lo menos cada año los tendremos por allá".

Para el Club Pegasos (Guía) y para el Club Palomos (Retaguardia) tenemos un infinito agradecimiento y nuestra leal y sincera amistad.

ASISTENTES:

Álvarez Reyes, Juan Manuel
Castañeda, Salvador
García, Ernesto
Marmolejo, José Luis
Montenegro Rodríguez, Jesús
Rodríguez Álvarez, Amado
Tijerina González, Francisco
Vázquez Jr., Serafín